

RESURGIR / PAZ PÉREZ RAMOS

Resurgir

Varias ideas hay que poner en orden a la hora de hablar del proyecto que Paz Pérez Ramos (Cazalla de la Sierra, Sevilla) presenta en la Galería Birimbao bajo el título *Resurgir*. En primer lugar, situarnos en el contexto en el que surge es esencial. *Resurgir* es concebido por la artista como el fin de un paréntesis temporal en su vida, que se inicia en el momento más duro de la pandemia provocada por el Covid19 y que finaliza tras un año en el que, tanto ella como Roberto -su marido- han tenido que vivir y convivir con la enfermedad -en varias de sus formas y modalidades. El camino recorrido a lo largo de todo este episodio queda plasmado en cada una de estas piezas compuestas con envases de alimentos y medicinas que han sido clave en el proceso de recuperación de ambos. Y este es precisamente la segunda cuestión en la que debemos detenernos, ya que a los conocedores y conocedoras del trabajo de Paz Pérez Ramos les sorprenderá que, dentro de un modo de hacer que bien la define, los materiales con los que construye estas nuevas composiciones son del todo novedosos. Y nada es casual, sino causal.

A lo largo de la historia del arte se han dado momentos de grandes dificultades, de guerras, enfermedades o escasez donde la creación artística ha emergido como medio de subsistencia emocional. Pero dentro del contexto de la contemporaneidad, en un mundo globalizado tal y como conocemos, en las circunstancias en las que Paz Pérez Ramos desarrolla la idea de este proyecto, no contábamos con un precedente de semejante escala. Hoy tenemos la sensación de que han pasado décadas desde el confinamiento, pero la realidad es que no ha transcurrido aún ni una simple línea en el tiempo. Es difícil hablar de lo que otros sienten o han sentido, pero sí podemos hablar de lo que todos hemos compartido en algún momento: miedo. Aunque algunos, por pudor, preferirán llamarlo incertidumbre. Sin embargo, Paz viene a recordarnos que el arte tiene la capacidad de transmutar experiencias extremas en una experiencia estética, algo que bien definió como apuntó Arthur Danto en *El abuso de la belleza*:

«Aunque la belleza hubiera demostrado ser mucho menos esencial para las artes visuales de lo que la tradición filosófica había imaginado, eso no quería decir que no fuera esencial para la vida humana. La aparición espontánea de los conmovedores altares improvisados por todo Nueva York tras el ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 fue para mí la prueba de que la necesidad de belleza en los momentos extremos de la vida está profundamente arraigada en lo humano [...] La belleza es solamente una cualidad estética más entre un inmenso abanico de cualidades estéticas, y la estética filosófica estaba en un callejón sin salida por haberse concentrado demasiado en la belleza. Sin embargo, la belleza es la única cualidad estética que también es un valor, como la verdad y la bondad. Y no simplemente uno de los valores que nos permiten vivir: es uno de los valores que definen lo que significa una vida plenamente humana».

Y en el caso de las obras de Paz Pérez Ramos, la belleza visual envuelve un concepto de gran dureza. Las destrezas y habilidades de la artista se hallan reflejadas en numerosos textos escritos y pensados por figuras respetadas y admiradas del ámbito artístico que todos conocemos; se ha alabado la gestualidad aplicada en su modo de manipular el papel, su maestría en la conjugación de luz y color en sus piezas, su característica agilidad, exquisitez y elegancia a la hora de trabajar cualquier material. Igualmente, su paciencia que, junto a un ingenio inagotable, dejan a sus espaldas una trayectoria donde el estudio del color se ha manifestado en todas sus formas y composiciones posibles. O al menos eso hubiéramos podido pensar, hasta ahora. Con *Resurgir* ha llegado el momento de nombrar algo más, que no tiene tanto que ver con su técnica, sino con su entereza y carácter, así como de su convicción de investigar nuevos modos de crear para expresar nuevos modos de sentir. Y es que, separar al artista de su obra siempre ha sido una pretensión errónea. No hay arte si no hay artista. No hay artista si no hay persona. Y ésta viene definida por sus actos, sus pensamientos, sus valores. Y también por sus experiencias y su modo de afrontarlas. En este sentido, Nicolás Bourriaud, en su libro *Estética Relacional*, expresa que *lo que importa es qué se hace con las emociones, hacia dónde las dirige, cómo el artista las organiza, y con qué intención.*

De acuerdo con el concepto de *ready-made* duchampiano, podemos establecer que, un objeto que por sí mismo no es una obra de arte, se convierte en ella por decisión del artista. Por otro lado, encontramos la vía de la legitimación

de la obra de arte desde una postura institucionalista, donde el arte existe cuando la institución reconoce una obra. *Resurgir* de Paz Pérez Ramos, a caballo entre ambas posturas, es objeto de arte porque se sostiene sobre un firme argumento en el que ha reflexionado a fondo y que, además, ha materializado asumiendo los riesgos del desconocimiento del comportamiento de los materiales implicados. Pero, si algo también caracteriza la trayectoria de Paz Pérez Ramos es su continua investigación en el aprendizaje y realización de nuevas técnicas. Es el tipo de licencias que puede permitirse quien ya domina su propio medio y sus lenguajes. Desde sus inicios empleó materiales humildes como el algodón, el sisal, llevando a cabo también de tapices de yute, pasando por el papel y la cartulina. Y es que siempre ha encontrado en la naturaleza la base de su trabajo. Podríamos hablar de que, en este caso, el gran estudio o la gran revelación ha sido la naturaleza, pero su propia naturaleza. En contraposición, los materiales empleados en este proyecto no pueden, en efecto, ser encontrados en la naturaleza como fruto de esta, sino todo lo contrario: la artista ha evitado que se conviertan en de desecho, a lo que estaban destinados.

Tras meses de pruebas y estudio del comportamiento de los materiales y sus interferencias, la artista halla un lenguaje que, aunque parte de sus trabajos anteriores, nos sorprende. En una de las piezas, observamos sobre un fondo de cartulina negra diversas capas de mallas de distinto color, donde convergen el morado, el blanco y el amarillo, creando nuevos colores fruto de su interacción. Existen, por tanto, recursos pictóricos en unas obras donde la pintura, en un sentido estricto, es inexistente. Visualmente tampoco podemos obviar su relación con los campos de color del expresionismo abstracto y remitirnos a artistas como Helen Frankenthaler. Por otro lado, un díptico, de tamaño más importante, presenta rollos de malla que albergaron los alimentos y que suponen el principal material de la creación del proyecto, siendo la capa final la de mayor consistencia. En general, las piezas presentan entramados con diferentes aberturas y distinto nivel de tupido, donde cada pliegue o superposición se comporta como un trazo de pintura densa, incidiendo en el color frente al carácter traslúcido del resto de la composición. El diálogo de los pigmentos¹ manifiesta un profundo estudio y conocimiento de éstos.

Los tonos que aparecen en algunas obras, sobre todo en las de mayores dimensiones, resultan familiares para quien acostumbre a observar la naturaleza: los colores del ocaso y el amanecer hacen su aparición en ellas, recordándonos a las palabras de Paul Klee: *el arte no reproduce lo visible, sino que hace lo visible*. Igualmente, en la serie de formatos simplificados, la atención se focaliza en las geometrías creadas a base de la superposición del tejido plástico. Resulta importante atender que, a excepción de una etapa en la que la artista se centraba en la disolución de los colores hasta desembocar en el interés en el blanco -o más bien, los blancos- que se inició en los años noventa, la obra de Paz Pérez Ramos siempre atiende de especial modo al color. Y eso es lo que plasma en las dos piezas que, como si de escamas de pez se tratase, dispone fragmentos de tapas de yogur con su reverso al frente, para proyectar el color externo del envase. Paz también manifiesta en este trabajo el modo en que se desdobra su persona, debiendo cuidar y ser cuidada al mismo tiempo en una pieza donde observamos las tapas de las inyecciones que debía administrarse a sí misma para su proceso de recuperación. Con este mismo carácter *instalativo*, dos piezas aluden de manera directa a la medicación siendo materializadas con recortes de blísteres. Una obra que, aunque difiera radicalmente en su argumento y razón de ser, nos recordarán en su forma a *Réplica*, la que fuera su primera instalación realizada para la Fundación Aparejadores de Sevilla en la muestra titulada *Sombras y Réplicas* (2003).

Como se habrá podido comprobar, en *Resurgir*, el color debe entenderse como la medida de la fuerza, la oposición a la oscuridad y a la nada. El color es el todo, la lucha, la vida y la recompensa. En estas piezas no solo vemos el resurgir de una persona de la adversidad: vemos el descubrimiento de la potencia de un artista que ha demostrado que no existen límites ante el impulso y la necesidad de la creación. Paz Pérez Ramos asume este trabajo como una victoria sobre la enfermedad. El culmen de su técnica ha sido traducir su experiencia vital en experiencia artística.

María Arregui Montero

¹ Denominar pigmento a este material es un atrevimiento por parte de quien escribe, aun siendo consciente de ello. Pero el paralelismo entre el uso de la malla de plástico y la pintura no puede ni debe obviarse.